

<https://jacobinmag.com/2018/07/socialist-feminism-barbara-ehrenreich>

¿Qué es el Feminismo Socialista?

Escrito por: Barbara Ehrenreich

Barbara Ehrenreich explica por qué necesitamos el feminismo socialista para luchar contra el patriarcado.

El ensayo de Barbara Ehrenreich titulado “¿Qué es el Feminismo Socialista?” apareció por primera vez en la Revista WIN en 1976 y, posteriormente, en “Working Papers on Socialism & Feminism” del New American Movement. La introducción de abajo es nueva, escrita por Ehrenreich para esta re-publicación (i.e. The Jacobin). Aunque Ehrenreich tiene varios reparos con su ensayo original — como detalla en sus comentarios abajo — nos da mucha alegría re-publicarlo en un momento en el que más y más personas están siendo expuestas a la política socialista y feminista por primera vez.

—

El siguiente ensayo se lee mejor como una muestra extraída del pensamiento radical de hace más de cincuenta años, cuando tanto el feminismo como el socialismo eran aún ideas nuevas para la mayoría de las y los estadounidenses. Muchas mujeres jóvenes, blancas y anteriormente de clase media, como yo, abrazamos ambas abstracciones y luchamos por ver cómo se conectan, aunque sea tan sólo por un sentido de prolijidad teórica. Nunca emprendería un proyecto así hoy. Parece demasiado de nicho, demasiado abierto a respuestas divergentes y demasiado “ahistórico” para mis gustos actuales.

Lo único de este ensayo que me causa rechazo cuando lo leo ahora es la postergación casual de problemáticas como la raza y la homofobia a alguna etapa posterior y más completa de una teoría feminista socialista. Mi única excusa es que el capitalismo y la dominación masculina parecían, en ese entonces, poseer la dignidad de ser “sistemas”, mientras que el racismo y la homofobia eran fácilmente confundibles con “actitudes” más transitorias. Pero esta es una excusa débil. Medio siglo después, ya no estoy tan fascinada por “sistemas” abstractos y estoy mucho más anclada a lo concreto, que incluye cantidades enfermizas de crueldad hacia las personas LGBTQ y de color. Cualquier persona que esté interesada en teorizar debe teorizar sobre estos hechos también.

También hay, lo admitiré, un poco de descuido histórico en este ensayo. Parezco datar el capitalismo a la Revolución Industrial, convirtiéndolo en un surgimiento reciente en el escenario humano; de no más de un par de siglos de edad. Lo que me debería haber interesado no es el capitalismo, sino las sociedades de clases — o sociedades “estratificadas” — que surgieron hace cinco mil años en el mundo de Mesopotamia, junto con indicaciones arqueológicas de creciente dominación masculina, guerra y esclavitud. Cómo fue que estas cosas “surgieron” es

una historia codificada en miles de mitos geográficamente específicos, relieves y otras formas de narrativa; la pregunta difícil es cómo lograron persistir a través de tantos milenios y cambios en el “modo de producción”.

Hoy lo único que encuentro refrescante de “¿Qué es el Socialismo Feminista?” es su insinuación que ambas formas de opresión están enraizadas en, o mantenidas por, la violencia. Esa palabra no apareció destacada en nuestro vocabulario teórico en 1976, que estaba mucho más centrado en nociones como “producción” y “reproducción”, sueldos para trabajo doméstico y sueldos en fábricas locales. Lo que pudo haber dirigido mi atención a ella fue el incidente cuasi-violento con el ex-esposo portador-de-armas de mi vecina del piso de arriba, una madre soltera y receptora de beneficios estatales. En el frente teórico, sin embargo, la violencia era un tema marginal y exótico.

Todo eso ha cambiado, por supuesto. Personas feministas comenzaron a enfocarse en la violencia contra las mujeres dentro de los próximos años y consiguieron legislación federal contra ella en 1994. Similarmente, la “brutalidad policial” era un tema en los 1970s, pero requirió de una constante embestida de violencia policial en los 1990s y siguientes décadas para provocar la formación de Black Lives Matter. Entrado el siglo XXI, no era posible evitar la violencia contra personas LGBTQ, musulmanes o inmigrantes. Y hoy, la azarosa violencia con armas se ha transformado en una problemática que la izquierda ya no puede descartar con una mera alusión a las utilidades de los fabricantes de armas.

Pero en nuestra “teoría” — tal como es — la violencia sigue siendo periférica. Sabemos que lo que nos mantiene obedientes es, en última instancia, el temor a que nos saquen los dientes de golpe o que nos disparen en la frente, ya sea de parte de atacantes oficiales del Estado o de parte de ex-esposos o vecinos locos. Quizás debemos buscar una forma elegante de decir eso.

—

En algún nivel, quizás no tan bien articulado, el feminismo socialista ha existido por mucho tiempo. Eres una mujer en una sociedad capitalista. Te enojas: el trabajo, las cuentas, tu esposo (o ex), el colegio de los/as niños/as, el trabajo del hogar, ser bella, no ser bella, que te miran, que no te miran (y de cualquiera de las formas, que no te escuchan), etc. Si piensas sobre todas estas cosas y cómo se entrelazan y qué tiene que cambiar, y luego buscas un par de palabras para recolectar todos estos pensamientos de forma resumida, casi se te tendría que ocurrir el “feminismo socialista”.

Muchas de nosotras llegamos al feminismo socialista precisamente de esa manera. Buscábamos una palabra/término/frase que pudiera empezar a expresar nuestras preocupaciones, todos nuestros principios, en una manera que ni “socialista” ni “feminista” parecía hacerlo. Debo admitir que la mayoría de las personas feministas socialistas que conozco no están tan felices con el término “feminista socialista” tampoco. Por un lado, es demasiado largo (no tengo esperanzas para un movimiento de masas que requiera de un

guión); por otro lado, es demasiado corto para lo que es, después de todo, un feminismo socialista internacionalista anti-racista y anti-heterosexista.

El problema con adoptar una etiqueta de cualquier tipo es que crea un aura instantáneo de sectarismo. “Feminismo socialista” se convierte en un desafío, un misterio, un tema en sí mismo. Tenemos expositores, conferencias y artículos sobre “feminismo socialista” — aunque tenemos perfectamente claro que tanto “socialismo” como “feminismo” son demasiado vastos e inclusivos para ser tema de cualquier charla, conferencia o artículo razonable. Gente, incluyendo declarada feminista socialista, se pregunta ansiosamente, “¿Qué es el feminismo socialista?” Hay una cierta expectación que es (o está a punto de ser en cualquier momento, quizás en la siguiente charla, conferencia o artículo) una brillante síntesis de proporciones globales históricas — un salto evolutivo más allá de Marx, Freud y Wollstonecraft. O que resultará ser una nada, una moda capturada por un grupo de personas feministas frustradas y mujeres socialistas, una distracción temporal.

Quiero tratar de eliminar algo del misterio que ha crecido en torno al feminismo socialista. Una manera lógica de empezar es mirar el socialismo y el feminismo de forma separada. ¿Cómo una persona socialista, o más precisamente, una persona marxista, mira el mundo? ¿Cómo lo hace una persona feminista?

Para empezar, el marxismo y el feminismo tienen una cosa importante en común: son maneras críticas de mirar el mundo. Ambos rompen la mitología popular y la sabiduría de “sentido común” y nos obligan a mirar la experiencia de una nueva forma. Ambos buscan entender el mundo — no en términos de balances estáticos, simetrías, etc. (como en la ciencia social convencional) — sino en términos de antagonismos. Llevan a conclusiones que son estremecedoras y perturbadoras al mismo tiempo que son liberadoras. No hay forma de tener una perspectiva marxista o feminista y permanecer una espectadora. Entender la realidad revelada por estos análisis es moverse a la acción para cambiarla.

El Marxismo se dirige a la dinámica de clases de la sociedad capitalista. Cada cientista social sabe que las sociedades capitalistas se caracterizan por su desigualdad sistémica más o menos severa. El Marxismo entiende que esta desigualdad surge de procesos que son intrínsecos al capitalismo como sistema económico. Una minoría de las personas (la clase capitalista) poseen todas las fábricas/fuentes de energía/recursos, etc. de las que dependen todas las demás personas para vivir. La gran mayoría (la clase trabajadora) debe trabajar por necesidad bajo condiciones impuestas por las personas capitalistas, recibiendo los sueldos que las personas capitalistas pagan.

Dado que las personas capitalistas generan sus utilidades pagando menos en sueldos que el valor de lo que las personas trabajadoras producen, la relación entre ambas clases es necesariamente una de irreconciliable antagonismo. La clase capitalista debe su existencia a la explotación continua de la clase trabajadora. Lo que mantiene este sistema de gobernanza de clase es, en último análisis, la fuerza. La clase capitalista controla (directa o indirectamente) los

medios de violencia organizada representados por el Estado — policía, cárceles, etc. Sólo librando una lucha revolucionaria dirigida a la captura del poder estatal puede la clase trabajadora liberarse a sí misma y, en última instancia, a todas las personas.

El feminismo se dirige a otra reconocida desigualdad. Todas las sociedades humanas están marcadas por algún grado de desigualdad entre los sexos. Si diéramos un vistazo a las sociedades humanas, pasando a través de la historia y entre continentes, veríamos que comúnmente han sido caracterizadas por: la subyugación de mujeres a la autoridad masculina, tanto con la familia y en la comunidad en general; la cosificación de las mujeres como forma de propiedad; una división sexual del trabajo en la que las mujeres están confinadas a actividades como la crianza de niños/as, realizando servicios personales para hombres adultos, y formas específicas de trabajo productivo (usualmente de bajo prestigio).

Las personas feministas, impactadas por la cuasi-universalidad de estas cosas, han buscado explicaciones en los “supuestos” biológicos que subyacen toda la existencia social humana. En promedio, los hombres son físicamente más fuertes que las mujeres, especialmente en comparación con mujeres embarazadas o mujeres que amamantan bebés. Además, los hombres tienen el poder de embarazar a las mujeres. Así, las formas que la igualdad sexual toma — sin importar cuán variadas sean de una cultura a otra — descansan, en último análisis, en lo que es claramente una ventaja física que los hombres tienen sobre las mujeres. Es decir, en última instancia, resultan en violencia, o la amenaza de violencia.

La raíz antigua y biológica de la supremacía masculina — el hecho de la violencia masculina — se ve comúnmente oscurecida por las leyes y convenciones que regulan las relaciones entre los géneros en cualquier cultura particular. Pero ahí está, según un análisis feminista. La posibilidad de un asalto masculino se erige como una constante advertencia a mujeres “malas” (rebeldes, agresivas), y llevan a las mujeres “buenas” a la complicidad con la supremacía masculina. La recompensa por ser “buena” (“bonita”, sumisa) es la protección contra violencia masculina azarosa y, en algunos casos, seguridad económica.

El Marxismo rompe los mitos sobre la “democracia” y su “pluralismo” para revelar un sistema de hegemonía de clase que descansa sobre la explotación forzada. El feminismo rompe mitos sobre el “instinto” y el amor romántico para exponer la hegemonía masculina como una hegemonía de fuerza. Ambos análisis nos obligan a mirar una injusticia fundamental. La elección es quedarse con la comodidad de los mitos o, como lo dijo Marx, trabajar por un orden social que no requiere de mitos para sostenerse.

Es posible sumar Marxismo y feminismo y llamar a la suma “feminismo socialista”. De hecho, probablemente así es cómo la mayoría de las personas feministas socialistas lo ven la mayoría del tiempo — como un tipo de híbrido, impulsando nuestro feminismo en círculos socialistas, y nuestro socialismo en círculos feministas. Un problema que hay con dejar las cosas así es que la gente se pregunta “Bueno, ¿qué es ella en realidad?” o nos exigen: “¿Cuál es la principal contradicción?” Este tipo de preguntas, que suenan tan profundas y autoritativas, suelen

detenernos: “¡Elige!” “¡Sé uno o el otro!” Pero sabemos que hay una consistencia política en el feminismo socialista. No somos personas híbridas ni estamos sentadas entre dos mundos.

Para llegar a esa consistencia política nos debemos diferenciar, como feministas, de otros tipos de personas feministas, y, como Marxistas, de otros tipos de personas Marxistas. Debemos identificar un (perdonen la terminología aquí) feminismo de corte feminista socialista y un socialismo de corte feminista socialista. Sólo ahí hay una posibilidad de que las cosas se “sumen” a algo más que una yuxtaposición incómoda.

Creo que la mayoría de las personas feministas radicales y feministas socialistas estaría de acuerdo con mi breve caracterización del feminismo. El problema con el feminismo radical, desde una perspectiva feminista socialista, es que no va más allá. Se queda con la universalidad de la supremacía masculina — las cosas nunca han cambiado mucho; todos los sistemas sociales son patriarcados; imperialismo, militarismo y capitalismo son simplemente expresiones de la agresividad masculina innata. Y así sigue.

El problema con esto, desde un punto de vista feminista socialista, es que no sólo deja afuera a los hombres (y la posibilidad de reconciliación con ellos en términos verdaderamente humanos e igualitarios), sino que deja fuera mucho acerca de las mujeres. Por ejemplo, desestimar un país socialista como China como un “patriarcado” — como he escuchado hacer a personas feministas radicales — es ignorar las reales luchas y logros de millones de mujeres. Feministas socialistas, si bien están de acuerdo en que hay algo atemporal y universal en la opresión de las mujeres, han insistido en que toma diferentes formas en diferentes contextos y que las diferencias son de vital importancia. Existe una diferencia entre una sociedad donde el sexismo se expresa a través del infanticidio femenino y una sociedad donde el sexismo toma la forma de una representación desigual en el Comité Central. Y la diferencia merece sacrificar la vida.

Una de las variaciones históricas de la temática del sexismo que debería interesar a todas las personas feministas, es el conjunto de cambios que acompañaron la transición de una sociedad agraria a un capitalismo industrial. Este no es un tema académico. El sistema social que fue reemplazado por el capitalismo industrial era, de hecho, uno patriarcal, y ahora uso ese término en su significado original, es decir, un sistema en que la producción está centrada en el hogar y está presidida por el hombre más longevo. El hecho es que el capitalismo industrial le aserruchó el piso al patriarcado. La producción se fue a las fábricas e individuos se desligaron de la familia para convertirse en personas asalariadas “libres”. ¡Decir que el capitalismo desarmó la organización patriarcal de la producción y la vida familiar no es, por supuesto, decir que el capitalismo abolió la supremacía masculina! Es decir que las formas particulares de opresión de género que experimentamos hoy son, hasta un grado importante, desarrollos recientes. Una enorme discontinuidad histórica yace entre donde estamos y el verdadero patriarcado. Si queremos entender nuestra experiencia como mujeres hoy, debemos trasladarnos a una consideración del capitalismo como un sistema.

Obviamente hay otras formas en que podría haber llegado al mismo punto. Podría simplemente haber dicho que, como feministas, estamos más interesadas en las mujeres más oprimidas — mujeres pobres y de clase trabajadora, mujeres del tercer mundo, etc., y por esa razón nos vemos obligadas a entender y enfrentar el capitalismo. Podría haber dicho que debemos dirigirnos al sistema de clases simplemente porque las mujeres son integrantes de clases. Pero estoy tratando de mostrar otra cosa sobre nuestra perspectiva como feministas: no hay forma de entender el sexismo y cómo actúa sobre nuestras vidas sin ponerlo en el contexto histórico del capitalismo.

Creo que la mayoría de las personas feministas socialistas también estarían de acuerdo con el resumen de la teoría Marxista. Y el problema de nuevo es que hay mucha gente (las llamaré “Marxistas mecánicas”) que no va más allá. Para estas personas, las únicas cosas “reales” e importantes que suceden en una sociedad capitalista son aquellas que tienen relación con el proceso productivo o la esfera política convencional. Desde ese punto de vista, cualquier otra parte de la experiencia y existencia social — cosas que tienen relación con la educación, la sexualidad, la recreación, la familiar, arte, música, trabajo del hogar — es periférica a las dinámicas centrales del cambio social; es parte de la “superestructura” o “cultura”.

Las personas feministas socialistas están en un campo muy diferente al que llamo “Marxistas mecánicas”. Nosotras (junto con muchas, muchas personas Marxistas que no son feministas) vemos el capitalismo como un todo social y cultural. Entendemos que, en su búsqueda de mercados, el capitalismo es llevado a penetrar cada rincón de la existencia social. Especialmente en la fase del capitalismo monopolístico, el mundo del consumo es tan importante, únicamente desde un punto de vista económico, como el mundo de la producción. Así que no podemos entender la lucha de clases como algo confinado a problemáticas de sueldos y horas, o solo confinado a problemáticas laborales. La lucha de clases ocurre en cada cancha donde los intereses de las clases están en conflicto, y eso incluye educación, salud, arte, música, etc. Buscamos transformar no sólo la propiedad de los medios de producción, sino la totalidad de la existencia social.

Como Marxistas, llegamos al feminismo desde un lugar completamente diferente que las personas Marxistas mecánicas. Como vemos el capitalismo monopolístico como un todo político/económico/cultural, tenemos espacio dentro de nuestro marco de referencia Marxista para problemáticas feministas que no tienen relación obvia con la producción o la “política”, problemáticas que tienen que ver con la familia, salud, vida “privada”.

Es más, en nuestra versión del Marxismo, no hay una “cuestión de la mujer” porque nunca aislamos a las mujeres en la “superestructura” o en algún otro lugar. Marxistas de una corriente mecánica constantemente reflexionan acerca de la problemática de la mujer no asalariada (la mujer que realiza trabajo doméstico/de cuidado no remunerado): ¿es realmente integrante de la clase trabajadora? Esto es, ¿produce realmente un valor agregado? Nosotras decimos, por supuesto que las trabajadoras de labores domésticas/de cuidado son integrantes de la clase trabajadora — no porque tenemos una complicada evidencia que realmente producen valor

agregado – sino porque entendemos una clase como siendo compuesta por personas y teniendo una existencia social bastante apartada del mundo de la producción dominada por el capitalismo. Cuando pensamos en una clase de esta manera, vemos que, de hecho, las mujeres que parecían más periféricas, las trabajadoras de labores domésticas/de cuidado, están en el corazón de su clase — criando niños, cohesionando familias, manteniendo las redes sociales y culturales de la comunidad.

Estamos saliendo de un tipo de feminismo y un tipo de Marxismo cuyos intereses confluyen bastante naturalmente. Creo que ahora estamos en una posición para ver por qué el feminismo socialista ha sido tan misterioso: la idea del feminismo es un gran misterio o paradójica siempre que a lo que te refieras como socialismo sea realmente lo que he llamado “Marxismo mecánico” y a lo que te refieras como feminismo sea un estilo a-histórico de feminismo radical. Estas cosas simplemente no se suman. No tienen nada en común.

Pero si juntas otro tipo de socialismo y otro tipo de feminismo, como los he tratado de definir, sí obtienes puntos en común y esa es una de las cosas más importantes del feminismo socialista de hoy. Es un espacio libre de las restricciones de un tipo de feminismo truncado y una versión truncada del Marxismo — en que podemos desarrollar el tipo de política que aborda la totalidad política/económica/cultural de la sociedad capitalista. Sólo pudimos avanzar cierto trecho con los tipos de feminismo disponibles, el tipo convencional de Marxismo, y tuvimos que romper con algo que no es tan restrictivo e incompleto en su mirada del mundo. Tuvimos que adoptar un nuevo nombre, “feminismo socialista”, para afirmar nuestra determinación a comprender la totalidad de nuestra experiencia y forjar una política que refleje la totalidad de esa comprensión.

Sin embargo, no quiero dejar la teoría feminista socialista como un mero terreno común. Están creciendo cosas en ese terreno. Estamos más cerca de una síntesis en nuestro entendimiento del género y la clase, del capitalismo y la dominación masculina, de lo que estábamos hace unos años. Aquí delinearé una de esas líneas de pensamiento:

1. La interpretación Marxista/feminista que la dominación de clase y género descansa, en última instancia, sobre la fuerza es correcto, y esta sigue siendo la crítica más devastadora de la sociedad sexista/capitalista. Pero hay mucha información en ese “en última instancia”. En un sentido del día-a-día, la mayoría de las personas aceptan tácticamente la dominación de género y clase sin ser domadas por la amenaza de la violencia, y comúnmente ni siquiera con la amenaza de la privación material.

2. Es muy importante, entonces, averiguar qué es, si no la aplicación directa de la fuerza, lo que mantiene andando las cosas. En el caso de clase, ya se ha escrito mucho acerca de por qué la clase trabajadora de EE. UU. carece de conciencia militante de clase. Ciertamente divisiones étnicas, especialmente la división negro/blanco, son una parte clave de la respuesta. Pero diría que, además de estar dividida, la clase trabajadora ha sido socialmente atomizada. Barrios de clase trabajadora han sido destruidos y se ha permitido su decaimiento; la vida es cada vez más privatizada y mira hacia adentro; habilidades que alguna vez tuvo la clase

trabajadora han sido expropiadas por la clase capitalista; y la “cultura de masas” controlada por capitalistas ha desplazado casi toda la cultura e instituciones autóctonas de la clase trabajadora. En vez de colectividad y auto-sostenimiento como clase, hay aislamiento mutuo y dependencia colectiva de la clase capitalista.

3. La subyugación de las mujeres, en las formas que son características de la sociedad capitalista tardía, ha sido clave para este proceso de atomización de clase. Dicho de otra forma, las fuerzas que han atomizado la vida de clase trabajadora e impulsado la dependencia cultural/material en la clase capitalista son las mismas fuerzas que han servido para perpetuar la subyugación de las mujeres. Son las mujeres quienes están más aisladas en lo que se ha convertido en una existencia familiar cada vez más privatizada (incluso cuando trabajan fuera de la casa también). Son, en muchas instancias claves, las habilidades de las mujeres (habilidades productivas, de cuidado, reproductivas, etc.) las que han sido desacreditadas o prohibidas para dar paso a mercancías. Son, sobre todo, las mujeres quienes son incentivadas a ser completamente pasivas/no críticas/dependientes (i.e. “femeninas”) ante la penetración capitalista generalizada de la vida privada. Históricamente, la penetración tardía capitalista de la vida de clase trabajadora ha singularizado a las mujeres como objeto de la pacificación/“feminización” — porque las mujeres son portadoras de la cultura de su clase.

4. De esto se desprende que hay una desconexión fundamental entre la lucha de las mujeres y lo que tradicionalmente se entiende como lucha de clases. No todas las luchas de las mujeres tienen un impulso inherentemente anticapitalista (particularmente no aquellas que buscan únicamente avanzar el poder y riqueza de grupos especiales de mujeres), pero todas aquellas que construyen colectividad y confianza colectiva entre las mujeres son vitalmente importantes para la construcción de conciencia de clase. Por otro lado, no todas las luchas de clase tienen un impulso inherentemente anti-sexista (especialmente no aquellas que se aferran a valores patriarcales pre-industriales), pero todas aquellas que buscan construir la autonomía social y cultural de la clase trabajadora están necesariamente enlazadas a la lucha por la liberación de las mujeres.

En líneas generales, es una dirección que está tomando el análisis feminista socialista. Nadie espera que emerja una síntesis que colapse la lucha socialista y feminista a una única cosa. Los resúmenes que di antes retienen su verdad “última”: que hay aspectos cruciales de la dominación capitalista (como la opresión racial) que una perspectiva puramente feminista simplemente no puede explicar — no sin extrañas distorsiones, al menos. Hay aspectos cruciales de la opresión de género (como la violencia masculina en la familia) ante los cuales el pensamiento socialista tiene poco que decir — nuevamente, no sin mucho estiramiento y distorsión. He ahí la necesidad de seguir siendo socialistas y feministas. Pero hay suficiente síntesis, tanto en lo que pensamos y en lo que hacemos, para tener una confiada identidad como feministas socialistas.